

## ELOGIO DE LOS ANTIGUOS IMPERIOS

### MITOS Y MÉTODO EN *NACIONALISMO*, DE ELIE KEDOURIE

El caso irlandés no figura en *Nacionalismo*, de Elie Kedourie, salvo en un aspecto no declarado<sup>1</sup>. Bajo el encabezado del libro figura un pasaje de «Nineteen Hundred and Nineteen»<sup>2</sup> de Yeats:

We pieced our thoughts into philosophy  
And planned to bring the world under a rule  
Who are but weasels fighting in a hole<sup>3</sup>.

El epígrafe es interesante desde dos puntos de vista: en primer lugar, por la forma en la que ha sido selectivamente sacado de contexto. Los poderosos versos anteriores de la estrofa rezan así:

Now days are dragon-ridden, the nightmare  
Rides upon sleep: a drunken soldiery  
Can leave the mother, murdered at her door  
To crawl in her own blood, and go scot-free;  
The night can sweat with terror as before<sup>4</sup>.

«Nineteen Hundred and Nineteen» fue escrito, como su nombre indica, en mitad de la guerra de independencia irlandesa. La «soldadesca ebria» eran

---

<sup>1</sup> Elie KEDOURIE, *Nationalism*, Londres, 1960 [ed. cast.: *Nacionalismo*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1985].

<sup>2</sup> W. B. Yeats, «Mil novecientos diecinueve». Todas las citas de los poemas de W. B. Yeats proceden de Richard FINNERAN (ed.), *The Collected Poems of W. B. Yeats*, Nueva York, 1996, pp. 206-210.

<sup>3</sup> «De nuestros pensamientos hicimos una filosofía / Y planeamos dar un gobierno al mundo / Pero qué son sino comadreas luchando en una madriguera» [N. del T.].

<sup>4</sup> «Ahora los días van a lomos de un dragón, la pesadilla / Cabalga el sueño: una soldadesca ebria / Puede abandonar a la madre, asesinada ante su puerta / Arrastrándose sobre su propia sangre, y salir impune / La noche puede sudar de terror como antes» [N. del T.].

las fuerzas imperiales de Lloyd George, que por entonces retenían buena parte de Irlanda, aunque no toda, contra su voluntad. El poema contrasta con la risueña confianza de Irlanda antes de la Gran Guerra, cuando «we dreamed to mend / Whatever mischief seemed / To afflict mankind» con lo que habría de revelarse después: «We, who seven years ago / Talked of honour and of truth / Shriek with pleasure if we show / The weasel's twist, the weasel's tooth»<sup>5</sup>.

¿Quién es el «nosotros» en este verso? Me permito sugerir que se trata de los unionistas irlandeses y británicos, que apoyaban el mantenimiento de la autoridad de la corona en Irlanda. «Hace siete años», en 1912, otra ley de autogobierno [*Home Rule bill*] había comenzado a tramitarse en el Parlamento de Westminster, contando una vez más con la oposición de los Partidos Conservador y Unionista. Así pues, sin ejercer ninguna violencia textual, podría leerse «Nineteen Hundred and Nineteen» como la expresión del asco de un miembro destacado de la minoría cultural anglo-irlandesa; su protesta por el fracaso de la búsqueda pacífica del autogobierno, del que consideraba culpables a los unionistas. No deja de ser reseñable que *Nacionalismo* de Kedouri no menciona en ningún lugar que Yeats, al que le gustaba citar, era un nacionalista cultural irlandés escandalizado por el fracaso del Imperio británico a la hora de conceder al pueblo irlandés el derecho a su autodeterminación y desolado por las repercusiones de esta negativa, a pesar de «una opinión pública que llevaba madurando mucho tiempo». Su elección de este verso podría haber tenido la intención de demostrar que un famoso nacionalista cultural rechazaba el nacionalismo, pero no es esto lo que dice Kedouri, ni mucho menos el poema. Por el contrario, consideraré esta cita selectiva como emblemática de un cierto desprecio por los autores y las obras que echa a perder el texto de Kedouri, que continúa siendo una de las crónicas en lengua inglesa de mayor influencia acerca de los orígenes del nacionalismo en Europa<sup>6</sup>.

En segundo lugar, los versos seleccionados podrían hacer las veces de aprobación, por parte de Kedourie, de la filosofía de Michael Oakeshott, azote del «racionalismo», razón por la que probablemente fueron elegidos<sup>7</sup>.

---

<sup>5</sup> «Soñábamos con enmendar / cualquier daño que pareciera / afligir a la humanidad»; «Nosotros, que hace siete años / hablábamos de honor y verdad / gritamos de placer cuando mostramos / la finta de la comadreja, el diente de la comadreja» [N. del T.].

<sup>6</sup> Cuatro décadas más tarde, Anthony SMITH considera el libro «precursor»: *Myths and Memories of the Nation*, Oxford, 1999, p. 7; Oren YIFACHEL lo describe como «pionero»: «The Homeland and Nationalism», en A. MOTYL (ed.), *Encyclopaedia of Nationalism*, Nueva York, 2001, vol. I, p. 365; Ronald BEINER sostiene que su «crítica del nacionalismo [...] conserva una fuerza considerable»: *Theorizing Nationalism*, Albany, 1999, p. 16; mientras que Mark HAGOPIAN describe a su autor como «el gran estudioso del nacionalismo»: «Ideology», en Motyl, *Encyclopaedia of Nationalism*, cit., vol. I, p. 398.

<sup>7</sup> Oakeshott fue colega de Kedourie en la London School of Economics y leyó el manuscrito de *Nacionalismo*. Con anterioridad, contribuyó a asegurar la publicación de la malogra-

Los racionalistas, en los escritos de Oakeshott, son aspirantes a filósofos-reyes, legisladores platónicos que imaginan que pueden someter el mundo de la política a principios coherentes, fundamentales y transparentes, mientras que lo máximo que se puede hacer consiste en gobernar a la humanidad conforme a una sabiduría prudente y consuetudinaria y en el acuerdo entre intereses necesariamente enfrentados. Cabe conjeturar justamente que Kedourie leyó «Nineteen Hundred and Nineteen» como una aprehensión del desprecio y el temor que tanto él como Oakeshott sentían hacia los intelectuales y hacia la intelectualidad en política, sobre todo hacia aquellos que imaginan que pueden gobernar el mundo mediante la razón, cuando no son –¿no somos?– «sino comadreja» luchando en la madriguera.

## 1

*Nacionalismo* es un fiel ensayo oakeshottiano<sup>8</sup>, escrito por un ciudadano británico cuyas identidades étnica y religiosa de formación fueron las de un judío iraquí de Bagdad –de aquellos que lamentaron la desaparición del Imperio británico en Oriente Próximo y manifestaron el mismo desapego ante las reivindicaciones del sionismo y del nacionalismo árabe, ya que ambos habían acarreado el caos y el desorden (no poco del cual afectó a su propia comunidad)–. Cabe situar aquí, sin que por ello haya que forzar en modo alguno los elementos psicobiográficos, las raíces de *Nacionalismo*. Habiendo sobrevivido y, a decir verdad, florecido durante 2.500 años en la ciudad que vio el sucederse de varios imperios, los judíos de «Babilonia y Bagdad» se contaron entre las numerosas víctimas de nacionalismos antagónicos –siendo «transferidos» a Israel en 1950-1951<sup>9</sup>–. Uno de los primeros ensayos publicados de Kedouri, «“Minorities”», trataba en parte de su ciudad de nacimiento, un año después del traslado total de su pueblo. Este ensayo se abría también con un epígrafe de Yeats: «We had fed the heart on fantasies / The heart's grown brutal from the fare» [«Habíamos alimentado el corazón con fantasías / El corazón se embruteció con tal periplo»]<sup>10</sup>. Aquí, no obstante, la elección era sin duda más

---

da tesis doctoral de Kedouri, *England and the Middle East: The Destruction of the Ottoman Empire, 1914-1921*, en 1956. Los miembros del tribunal de Oxford la consideraron no válida, pero Kedourie se negó a revisarla, prefiriendo retirar definitivamente la tesis.

<sup>8</sup> El ensayo comparte algunas de las confusiones de la epistemología de Oakeshott, en la que a filosofía no tienen ningún impacto sobre el mundo, mientras que sí lo tienen las ideas prácticas o ideologías –lo que las hace peligrosas. Sus tesis fueron presentadas por primera vez en conferencias en la LSE entre 1955 y 1959, pronunciadas por invitación de Oakeshott.

<sup>9</sup> «Los judíos de Babilonia y Bagdad», la emocionada memoria de su comunidad, redactada por Kedourie, ha sido reeditada en Sylvia KEDOURIE (ed.), *Elie Kedouri CBE, FBA 1926-1992: History, Philosophy, Politics*, Londres, 1998.

<sup>10</sup> «“Minorities”», reeditado en *The Chatham House Version and Other Middle Eastern Studies*, Hanover (NH), 1984; «Meditations in Time of Civil War», en R. Finneran (ed.), *Collected Poems*, cit., pp. 200-206.

apropiada para el tema del autor: las minorías salen perdiendo a causa de las repercusiones de los conflictos nacionales y étnicos.

Este ensayo fue redactado cuando Kedouri no tenía más de veintiséis años, pero prefigura sus futuros diagnósticos. Cabe considerar deliberado el uso no explicado de las comillas por parte de este maestro de la prosa en lengua inglesa: la noción de «minorías» sólo cobra sentido cuando es contrapuesto a «mayorías» en un mundo saturado de presupuestos nacionalistas y democráticos. La obra comienza con una brusca defensa del colonialismo en Asia y África: «estas áreas que según dicen padecen hoy el imperialismo no han conocido otra cosa que la dominación [...]; así pues, no será éste el mejor motivo para lamentar la llegada de Occidente a Asia y África». En efecto, insiste el joven cuyo ámbito urbano en el que naciera se ha visto transformado tan brutalmente, la maldición involuntaria aportada por Occidente es mucho peor que el imperialismo; se trata de un «brote, un mal, una infección que se extiende desde Europa occidental por los Balcanes, el Imperio otomano, la India, Extremo Oriente y África, devorando el tejido de la sociedad establecida». En el epicentro de la enfermedad, insuflada desde Occidente, se encuentra la «filosofía occidental», que, involuntariamente, ha causado estragos en las tres comunidades que quiso destacar: los armenios, los asirios y los judíos de Irak. El primer grupo aspiraba a la autonomía y la independencia, lo que hizo sospechar de su fidelidad, auspiciando la masacre otomana y, más tarde, las deportaciones promulgadas por los recién instaurados turcos. El segundo fue invitado por los rusos a levantarse contra los otomanos para no encontrar más resultado que unas atroces pérdidas; tras lo cual, una vez reclutado para trabajar para la Legión Británica, fue abandonado a la tierna merced de un Irak independiente. El tercero fue expulsado, víctima común, como Kedourie se encarga de subrayar, de las maquinaciones de los nacionalistas árabes y de su monstruosa complicidad con los sionistas, ávidos de aumentar al máximo el número de judíos en su nuevo Estado.

Su obituario de estas comunidades es al mismo tiempo una elegía al Imperio otomano, impermeable a «la ideología y a la aventura doctrinaria». Bajo la Puerta, musulmanes, cristianos y judíos se las arreglaron para vivir en armonía en los términos que ahora exhorta a cumplir el bienpensante Occidente, mientras que las atrocidades que conocieron cada una de las tres pequeñas y frágiles comunidades estudiadas «fueron episodios de la autodeterminación nacional». Por supuesto, el Imperio distaba de ser perfecto, pero Kedourie entendía que podría haber sido reformado lentamente; en el caso de que no hubiera resistido la tarea, la Europa imperial debería haber emprendido la necesaria construcción nacional. El saludable destino de estas minorías era un espejo del futuro del nacionalismo: grupos similares son «entregados en su totalidad al poder de las legiones del rencor presentes en el mundo exterior. Los peligros son múltiples; los remedios escasos e impotentes».

Estos temas reaparecen en *Nacionalismo*. En el conciso segundo prefacio de 1961, Kedourie escribió que

haciéndose eco de la primera edición, algunos críticos han señalado que no intento discutir si los nacionalismos deben ser conciliados o combatidos. Una decisión sobre esta cuestión está necesariamente gobernada por las circunstancias particulares de cada caso individual, mientras que saber si sus consecuencias serán afortunadas o desastrosas dependerá del valor, la sagacidad y la suerte de aquellos que tengan el poder de tomarla. Para un académico, ofrecer consejo sobre esta cuestión es, *literalmente, impertinente*: los académicos no son adivinos y, como decía Hegel, la lechuza de Minerva sólo extiende sus alas al anochecer<sup>11</sup>.

El pasaje revela al autor: un profesor de ciencia política debe, a pesar del título de la disciplina, resistirse a todas las predicciones, aparte de la generalización de que no pueden hacerse tales generalizaciones. *Impertinente* es (literalmente) una palabra con tres significados distintos: «rudo, insolente, irrespetuoso»; «fuera de lugar, absurdo»; o, sobre todo en el derecho, «irrelevante, entrometido»<sup>12</sup>. Kedourie pensaba que la discusión acerca de si los nacionalistas deben ser combatidos o conciliados era impertinente en todos los sentidos. No tenía tiempo para Centros sobre Conflictos Étnico-políticos o de Regulación de Conflictos Nacionales o Étnicos, y no digamos ya de resolución de los mismos. Este tabú de la ciencia política predictiva no le impidió, por supuesto, generalizar copiosamente acerca de Oriente Próximo en términos que sin duda eran impertinentes con arreglo a sus propios criterios, entre los cuales no es de los menores su afirmación de que la democracia y la cultura árabe eran necesariamente incompatibles<sup>13</sup>. Ni le llevó a abstenerse a la hora de ofrecer una sociología del nacionalismo que, hasta la fecha, inspira las interpretaciones conservadoras-instrumentalistas del fenómeno en Europa y allende.

## 2

Aunque *Nacionalismo* ha tenido ya cuatro ediciones, ha habido pocos cambios, aparte de un posfacio escrito en 1984 y una nueva introducción publicada póstumamente en 1993. El libro se abre con un capítulo titulado «Un nuevo estilo de la política» y con una primera frase provocativa y memorable que explica la fama del libro: «El nacionalismo es una doctrina inventada en Europa a comienzos del siglo XIX». Tenemos aquí tanto un rechazo de la interpretación que de sí mismos se dan los nacionalis-

---

<sup>11</sup> Elie KEDOURIE, *Nationalism*, edición revisada con un posfacio, Londres, 1985, p. 7, las cursivas son nuestras. Todas las referencias posteriores a *Nacionalismo* se remiten a esta edición.

<sup>12</sup> Concise Oxford Dictionary, Oxford, 1990.

<sup>13</sup> Elie KEDOURIE, *Democracy and Arab Political Culture*, Londres, 1994.

mos como de, que yo sepa, la primera afirmación en inglés de lo que hoy se conoce como la teoría moderna del nacionalismo<sup>14</sup>. La insistencia de Kedourie en esta novedad histórica –conmocionando a sus lectores para que se dieran cuenta de que no se trataba de algo natural– iba en contra de la doctrina académica en lengua inglesa de primeros y mediados del siglo xx<sup>15</sup>. Sin embargo, cada elemento de la puntualización de apertura está abierto a una refutación razonada.

1. El nacionalismo es, desde luego, una *doctrina* política, y Kedourie es digno de crédito por tratarlo en este sentido y por rastrear su genealogía intelectual en el curso de una impresionante historia. Sin embargo, no es sólo una doctrina; es –o al menos insiste en este sentido Ernest Gellner, otro lector del primer manuscrito– inevitable en el mundo moderno, en tanto que principio de legitimidad política y sentimiento sincero de masas de seres humanos en las condiciones de la modernización. Con respecto a esta perspectiva –impugnada vehementemente a su vez, por supuesto, por el autor de *Nacionalismo* como parte de su desacuerdo con los miembros de su tribunal de tesis doctoral– la insistencia de Kedourie es errónea. El nacionalismo no es sólo una filosofía política, no es sólo un nuevo estilo de hacer política, sino una filosofía y una práctica ineludibles en las sociedades modernizadas. Es éste un punto de vista que cabe sostener sin ser nacionalista de ninguna nación.

2. El nacionalismo podría no haber sido *inventado*. En los tiempos modernos es improbable que la invención de una doctrina –sobre todo una doctrina de tanta resonancia e impacto– se haya producido sin un progenitor reconocido, o una serie de creadores más o menos simultáneos y generalmente acreditados. Sorprendentemente, Kedourie no fue capaz de identificar a un inventor, aunque involucra a una serie de pensadores, sobre todo *philosophes* alemanes y teólogos: sobre todo Fichte, Schiller, Schlegel, Schleiermacher, Müller y Herder. Resulta sintomático que el libro no logre concretar quién utilizó por primera vez la expresión «auto-determinación nacional», no obstante quede recogida en el encabezamiento del capítulo quinto<sup>16</sup>. Kedourie identificó la tesis de la Declaración

---

<sup>14</sup> Ya se había expresado en el pensamiento histórico y antropológico francés, por ejemplo en «¿Qué es una nación?» de Ernest RENAN [1881], traducción inglesa de Alfred Zimmern (ed.), *Modern Political Doctrines*, Londres, 1939; Marcel MAUSS, «La Nation» [1920], *L'Année Sociologique*, Tercera Serie, 1953-1954.

<sup>15</sup> Véase, por ejemplo, Carlton HAYES, *The Historical Evolution of Modern Nationalism*, Nueva York, 1931; Hans KOHN, *The Idea of Nationalism. A Study in its Origins and Background* [1944], Nueva York, 1967, y *Nationalism, Its Meaning and History*, Princeton, 1955.

<sup>16</sup> En su posfacio, Kedourie afirma que «en manos de Fichte, como he intentado mostrar, la plena autodeterminación del individuo vino a requerir la autodeterminación nacional» (p. 142). En efecto, Kedourie intentó demostrar una «afinidad» conceptual y una «filiación» entre la autodeterminación individual y la nacional, de la que se dice que los sucesores de Kant eran plenamente conscientes; sin embargo, no se cita ni un solo pasaje de los escritos de Fichte en el capítulo 2 o en el 5 en el que aparezca el término «autodeterminación nacional». Asimismo, en ningún momento Kedourie dice que Fichte sea el primer pensador nacionalista.

de los Derechos Humanos, que dice que la soberanía reside esencialmente en la nación, como un prerequisite de la doctrina, pero no llegó a decir que los revolucionarios franceses inventaron el nacionalismo, a pesar de que les atacara, como hiciera Oakeshott, como racionalistas y como activistas incansables, predispuestos en favor del cambio<sup>17</sup>.

De todos es conocida la distinción schumpeteriana entre una invención –algo completamente nuevo– y una innovación: por más que se innovara el diseño de una diligencia, no produciríamos una locomotora. El segundo proceso adapta algo que existía previamente; presupone precursores inmediatamente reconocibles. Partiendo de premisas más o menos de esta naturaleza, el trabajo de Anthony Smith *The Ethnic Origins of Nations* pone en tela de juicio la tesis de Kedourie: las naciones y el nacionalismo, aunque conceptualmente sean nuevos y modernos, cuentan en muchos casos –por no decir todos–, con claros precursores inmediatos en las *etnias* históricas.

¿Es ésta una refutación convincente? La teoría darwiniana indica que una innovación menor e involuntaria tras otra pueden producir una criatura radicalmente diferente a partir del antepasado primitivo. Análogamente, un seguidor de Kedourie podría insistir en que las naciones y el nacionalismo modernos –un nuevo estilo de política– son radicalmente diferentes de las *ethnies* de Smith y de la conciencia ética premoderna. Sin embargo, para Kedourie esta defensa no sería adecuada. Por más que no haya que descartar el cambio a corto plazo, de tipo catastrófico, en la teoría de la evolución por regla general la adaptación opera en un arco temporal muy largo y es «ciega». La invención política puede tener consecuencias imprevistas, pero no es ciega en el mismo sentido. Kedourie trata el surgimiento del nacionalismo a raíz de la Revolución Francesa como uno de tantos conjuntos de doctrinas «activistas» que fueron engendrados por aquella convulsión. Su incapacidad de concretar un inventor resulta reveladora, tanto como su distribución bastante imprecisa de la responsabilidad de su creación entre una serie de pensadores alemanes y algunos publicistas y filósofos franceses casi contemporáneos de los siglos XVIII y XIX. Su profunda desgana a la hora de aceptar que el nacionalismo era una consecuencia predecible de la modernización –una perspectiva que más tarde denominaría «la tentación sociológica»– era manifiesta<sup>18</sup>. Este rechazo indica el idealismo de su propio método de elección, que insiste ante todo en la historia del pensamiento político, incluido el mal pensamiento político. Por supuesto, nadie discute que las ideas –incluidas las malas– cuentan; sin embargo, su articulación debe arraigarse en y hacerse eco de determinadas condiciones sociales; también pueden resonar porque «encajan» con su tiempo. Pueden, en definitiva, ser tan pre-

<sup>17</sup> E. Kedourie, *Nacionalismo*, cit., p. 13.

<sup>18</sup> *Ibid.*, «Posfácio», cit., pp. 141, 147. Entre aquellos que sucumbieron a esta tentación podemos incluir a John Armstrong, Ernest Gellner y a los autores marxistas.

decibles como expresivas. Por consiguiente, puede carecer de importancia insistir en quién las expresó claramente por primera vez: su diseminación puede ser más importante que su génesis. El hecho de que el nacionalismo haya sido tan poderoso durante los últimos dos siglos lleva al menos a arrojar algunas dudas acerca de los méritos de una descripción decididamente idealista e intelectualmente genética de sus orígenes.

En este mismo sentido, Kedourie afirmaba a su vez que los cinco primeros capítulos de *Nacionalismo* eran un ensayo sobre la historia de las ideas; no obstante, un historiador del pensamiento político está obligado a proporcionar un relato convincente de los orígenes de las ideas que después han dominado las pasiones humanas, así como su transmisión posterior. No es esto lo que hace Kedourie, a no ser por medio de declaraciones gestuales. Lo que está aquí en juego no es si la doctrina tuvo o no un único progenitor o un texto fundacional: bien pudo tener una serie de inventores prácticamente simultáneos, como sucede a menudo en la historia de las ideas, los ideales y las ideologías. La cuestión fundamental es que, por más que mejores historiadores llegaran a demostrar adecuadamente –lo que Kedourie no logra hacer– que la doctrina nacionalista tuvo autores múltiples e independientes a principios del siglo XIX, ello no demostraría los méritos de su método, habida cuenta de que también indicaría que la amplia distribución de sus catalizadores y su posterior crecimiento vertiginoso en el ámbito intelectual fueron respuestas comunes a desarrollos históricos específicos pero no únicos. Tal y como lo formulara Isaiah Berlin en su reseña crítica: «no hace falta ser discípulo de Marx, Weber o Namier para preguntarse si una investigación de los orígenes o los elementos de una ideología que apenas tiene en cuenta las circunstancias y las necesidades que la hicieron nacer puede ser plenamente satisfactoria»<sup>19</sup>.

3. ¿Fue el nacionalismo originalmente *européo*? Incluso los elementos menos polémicos de este discurso de apertura de Kedourie pueden ser impugnados. Dejando a un lado los argumentos de Conor Cruise O'Brien y otros, según los cuales los antiguos hebreos fueron los primeros nacionalistas (así como las reivindicaciones de los antiguos egipcios, fenicios, griegos, chinos, coreanos, hindúes, aztecas, mayas e incas), la refutación más imponente de la declaración de apertura de Kedourie la constituye la Revolución Americana, que precedió e influyó profundamente –veáanse las carreras de Franklin, Condorcet y Jefferson– en la Revolución Francesa<sup>20</sup>. No faltan buenas razones para considerar la lucha de los esta-

<sup>19</sup> I. BERLIN, «Review of Elie Kedourie, *Nationalism*», *Oxford Magazine*, 1960-1, I.

<sup>20</sup> Respecto a los antiguos hebreos, véase CONOR CRUISE O'BRIEN, *Godland! Reflections on Religion and Nationalism*, Cambridge, MA, 1988. Según STEVEN KATZ, «Las revueltas de los años 66-70, 115-117 y 132-135 después de nuestra era fueron [...] revoluciones nacionalistas iniciadas por el pueblo judío en nombre de su libertad política tan poco mundana, que fueron contrarrestadas y derrotadas por Roma en los mismos términos limitados»: *The Holocaust*



dounidenses por la independencia –un pueblo que disuelve los lazos políticos que le unían a otro– como nacionalista al menos en parte.

¿Podríamos salvar la fórmula de *Nacionalismo* mediante la acostumbrada asimilación de la cultura «norteamericana» a la «europea»? En su posfacio, Kedourie precintaba deliberadamente esa opción, afirmando –eligiendo a Gellner como objetivo– que las áreas «en las que apareció por primera vez la cultura industrial y en las que conoció sus mejores logros, es decir, en Gran Bretaña y en Estados Unidos, son precisamente aquellas áreas en las que el nacionalismo *es desconocido*». Kedourie insistía no sólo en la génesis europea del nacionalismo –en la medida en que aquí el continente excluye Gran Bretaña y Estados Unidos–, sino que afirmaba también que los principales Estados de habla inglesa han permanecido hasta hoy inmunes al virus<sup>21</sup>.

La insistencia en los orígenes europeos niega un lugar a los americanos del sur así como del norte del continente en la primera cohorte del nacionalismo. Benedict Anderson ha expuesto a las mil maravillas la historia de estos «pioneros criollos» dentro de todas las colonias europeas del Nuevo Mundo, no sólo entre las de habla inglesa. Fue allí, sostiene Anderson, donde surgió por primera vez el nacionalismo, señalando a continuación que «es un signo asombroso de la profundidad del eurocentrismo que tantos estudiosos europeos persistan, contra toda evidencia, considerando el nacionalismo como una invención europea»<sup>22</sup>. Desde luego, la experiencia del Nuevo Mundo supone una severa refutación del argumento de Kedourie según el cual lo que podríamos llamar el nacionalismo realmente existente se inspiró en todo momento en los presupuestos del romanticismo alemán en vez de los del liberalismo.

4. Por último, la *cronología* de la afirmación inicial de Kedourie –«inventado en Europa a comienzos del siglo XIX»– es muy cuestionable. No resulta difícil encontrar expresiones de autodeterminación nacional democrática, por más que no utilicen estas mismas palabras, mucho antes de 1800. Algernon Sidney, por ejemplo, declaraba en 1670:

---

*in Historical Context*, vol. I, Oxford, 1994, p. 153. Hans KOHN sostenía también que los tres rasgos que cabe considerar esenciales del nacionalismo –un pueblo elegido, la conciencia de una historia nacional, el mesianismo nacional– surgieron con los antiguos judíos: *The Idea of Nationalism*, p. 36; sin embargo, pensaba que, en la antigüedad, sólo los judíos y los griegos fueron nacionalistas. Para una vigorosa refutación en lo que respecta al caso griego, véase Moses FINLEY, «The Ancient Greeks and their Nation», *The Use and Abuse of History*, Londres, 1986.

<sup>21</sup> *Nationalism*, p. 148, las cursivas son nuestras; véase también p. 74. Con arreglo a esta lógica, Irlanda debe haber sido parte de Europa, mientras que Gran Bretaña no lo era: planteé esta cuestión a Kedourie antes de una conferencia sobre teoría política celebrada en Cambridge. También le pregunté si los Irish United Irishmen de la década de 1790 eran nacionalistas a pesar de que, siguiendo su interpretación, el nacionalismo no sería inventado hasta la década siguiente. La respuesta fue el silencio.

<sup>22</sup> Benedict ANDERSON, *Imagined Communities*, Londres, 1991 [segunda edición], pp. 47-65, 191.

Hay que reconocer que todo el tejido de la tiranía quedará muy debilitado si logramos demostrar que las naciones tienen derecho a darse sus propias leyes, constituir a sus propios magistrados; y que los que son constituidos como tales son responsables de sus acciones ante aquellos por y para los cuales son nombrados<sup>23</sup>.

A este respecto, las pruebas que aporta el propio texto de Kedourie se presentan problemáticas. Aunque los escritos de Fichte, al que trata como el principal poskantiano, encaja en buena medida en su cronología, otros, a los que cita como directa o indirectamente responsables de la génesis del nacionalismo —el propio Kant, Federico el Grande, Herder, Schiller—, a duras penas pueden ser descritos como figuras del siglo XIX. Así pues, ¿por qué insistió Kedourie en esta última datación en su frase de apertura? La respuesta no puede ser estilística —una reticencia a empezar el libro con la fórmula, más fea y menos llamativa, «a finales del siglo XVIII y principios del XIX»—. El estilo de la prosa de Kedourie era magnífico; qué duda cabe que, si hubiera querido hacer hincapié en que el nacionalismo fue inventado en los albores de 1800, podría haber redactado una frase más expresiva. Tampoco cabe acusarle de ser descuidado con las fechas; era, en cuestiones de cronología, un historiador disciplinado.

La mejor explicación es compatible con el texto. Contrariamente a la convención, Kedourie no pretendía considerar la Revolución Francesa o sus revolucionarios —y no digamos ya a sus precursores ingleses o estadounidenses— como los promotores fundamentales de la doctrina nacionalista. Por el contrario, quiso echar toda la culpa al romanticismo alemán, al poskantismo alemán, a la filosofía alemana —uno se ve tentado a decir que a los alemanes, de no ser por su alta estima de Hegel<sup>24</sup>—. Aunque *Nacionalismo* parece reconocer el significado transformador de la Revolución Francesa en las páginas que abren el libro —citando, como hemos visto, la Declaración de los Derechos del Hombre, así como el aforismo del *abbé* Sieyès según el cual una nación es «un cuerpo de asociados que viven bajo una ley común y son representados por la misma asamblea legislativa»—, resulta evidente que, para Kedourie, la Revolución proporcionó tan sólo un elemento de la doctrina, la idea de soberanía popular. Las consecuencias verdaderamente perniciosas del nacionalismo sólo se tornaron patentes cuando éste fue reelaborado por los teólogos alemanes, los *literati* y los filósofos<sup>25</sup>. En la respuesta de la intelectualidad alemana a la Revolución Francesa y a la filosofía de Kant, Kedourie encuentra la génesis del pensamiento nacionalista.

<sup>23</sup> Algernon SIDNEY, *Discourses Concerning Government*, Indianápolis, 1996, p. 12.

<sup>24</sup> Sylvia KEDOURIE y Helen KEDOURIE (eds.), *Elie Kedourie, Hegel and Marx: Introductory Lectures*, Oxford, 1995. Kedourie encontró en Hegel un hogar feliz para su particular conjunción de tradicionalismo, conservadurismo y liberalismo, expresando su constante admiración por el rechazo hegeliano de los desórdenes revolucionarios y su insistencia en la importancia de la sociedad civil en la historia de Europa.

<sup>25</sup> E. Kedourie, *Nationalism*, cit., pp. 12-18.

No es ésta una perspectiva muy sorprendente tratándose de alguien que escribe en la década de 1950, sobre todo en el caso de alguien fiel al reciente esfuerzo de guerra de los Aliados. El hincapié es particularmente transparente en el tratamiento reservado a Rousseau, generosamente censurado, o celebrado, como el primer gran pensador nacionalista. A pesar de las recomendaciones fuertemente nacionalistas de *The Governement of Poland* –la exposición de un programa de construcción nacional para los polacos, lleno de detalles acerca de la creación de un ejército y un sistema educativo propios–, Kedourie indica que el pensamiento de Rousseau era «errático» y que carecía de la «coherencia metafísica» que la doctrina nacionalista cobraría en manos de los poskantianos<sup>26</sup>. Esta enérgica y lacónica destitución de Rousseau no habrá de salir bien parada: Rousseau tuvo una influencia decisiva en Kant, Fichte y los románticos alemanes<sup>27</sup>. Su *Contrato social* fue profusamente leído, en su época y después, como una defensa filosófica del nacionalismo democrático y, como sabe todo estudiante universitario, hay un debate acerca de la profundidad, pero no del eco, de su influencia sobre los revolucionarios franceses. Por último, la idea de que aquella «coherencia metafísica» no errática fue el fruto de los poskantianos no es excesivamente persuasiva.

### 3

Esto en lo que atañe a la primera frase del libro de Kedourie. Las líneas inmediatamente sucesivas son igualmente asertivas:

[El nacionalismo] pretende aportar un criterio para la determinación de la unidad de población adecuada para el disfrute de un gobierno exclusivamente propio, para el ejercicio legítimo del poder de Estado y para la correcta organización de los Estados [...], sostiene que la humanidad se divide por naturaleza en naciones, que cabe reconocer las naciones gracias a determinadas características susceptibles de verificación y que la única forma legítima de gobierno es el autogobierno nacional<sup>28</sup>.

Por si quedara alguna duda después de la cita de Yeats y de la frase de apertura, ahora está claro que estamos ante el discurso de un antinacionalista: la doctrina «pretende» ser una teoría factible de la legitimidad política. Kedourie no ofrece ninguna consideración contraria hasta el famoso pasaje final del libro:

Lo mejor que cabe decir al respecto [del nacionalismo] es que es un intento de establecer de una vez por todas el reino de la justicia en un mundo

<sup>26</sup> *Ibid.*, pp. 40-41. Véase, entre otros, Jean-Jacques ROUSSEAU, *Political Writings*, traducción y edición de Frederick Watkins, Londres, 1953.

<sup>27</sup> «Como toda su generación, Fichte se deleitaba con Rousseau»: George ARMSTRONG KELLY, «Introducción» a Fichte, *Addresses to the German Nation*, Nueva York, 1968, p. IX.

<sup>28</sup> E. Kedourie, *Nationalism*, cit., p. 9.

corrupto, curando para siempre las heridas de tiempo. Sin embargo, en este caso lo mejor es bastante malo, habida cuenta de que para curar esas heridas hay que provocar otras a su vez, sin que nunca se llegue a un equilibrio en el horripilante balance de la crueldad y la violencia [...]. El único criterio [de la legitimidad del gobierno] susceptible de respaldo público consiste en saber si los nuevos gobernantes son menos corruptos y avaros o más justos y misericordiosos o si nada cambia en absoluto, a no ser porque la corrupción, la avaricia y la tiranía encuentran víctimas distintas de las que eligieran los gobernantes salientes. Y no es otra la cuestión que está en juego entre el nacionalismo y los regímenes a los que se opone. Se trata de una cuestión que, por su propia naturaleza, no permite dar una respuesta última y concluyente<sup>29</sup>.

Podría sostenerse que lo que Kedourie dice en el texto no es sino que debemos juzgar a los nacionalistas en el poder en función de si son mejores gobernantes que sus predecesores no nacionalistas, lo cual constituye un desafío justo. Sin embargo, dentro del poético eufemismo de las «heridas del tiempo» se oculta una proposición más sustancial, utilizada para cubrir fenómenos como el genocidio, la limpieza étnica, la conquista y la explotación imperiales, la partición de las tierras natales, la asimilación obligatoria, la discriminación organizada y sin lugar a dudas muchas otras agresiones y humillaciones, a las que los nacionalistas han respondido y a su vez han provocado. Se achaca al «tiempo», una instancia no humana, la responsabilidad de las heridas históricas –en vez de, pongamos por caso, achacársela a los imperios, a los regímenes o a los gobernantes– presuponiendo de tal suerte que ya no cabe reparar tales heridas; no es éste un argumento que recibirían con agrado los esclavos o ex esclavos, entre otros. ¿Incluiría Kedourie en la retahíla de las heridas del tiempo –que no pueden subsanarse sin causar una injusticia equivalente– los desmanes cometidos contra los detentores de la propiedad privada?

Ni que decir tiene que el supuesto caricaturesco de que el nacionalismo trata de «reparar para siempre» las injusticias históricas, sugiriendo con ello que todos los nacionalistas han de ser necesariamente unos utópicos perfeccionistas entra en clara contradicción con la afirmación de Kedourie según la cual los nacionalistas prefieren el autogobierno al buen gobierno, es decir, que están convencidos de que sus países están mejor gobernados por sus compatriotas, aunque ese gobierno sea defectuoso. Si el utopismo es un elemento esencial de la concepción de la doctrina de Kedourie, entonces debe demostrar que los «nacionalismos realmente existentes» son utópicos o quedarse en la tautología por la cual «si los activistas *x* no son utópicos, entonces no son nacionalistas». Por último, hay que señalar que en este pasaje Kedourie no respalda en ningún momento el constitucionalismo (por no hablar de la democracia) en tanto que consideración contraria de lo que es la legitimidad política, ni refuta la

---

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 140.

proposición según la cual el constitucionalismo (o la democracia) sólo puede establecerse de forma duradera dentro de un marco nacional.

## 4

El resto del capítulo que abre *Nacionalismo* es más convencional, toda vez que ofrece un tratamiento etimológico de la palabra *nación* y un despliegue del conservadurismo característico de Kedourie, que se trasluce en su advertencia según la cual la política de la soberanía popular, desarrollada en la Revolución Francesa, «envenenó las disputas internacionales, tornándolas completamente recalcitrantes a los métodos tradicionales del gobierno del Estado; en efecto, subvirtió todas las relaciones internacionales conocidas hasta la fecha»<sup>30</sup>. El segundo capítulo, «Autodeterminación», resulta más llamativo. Kedourie considera la filosofía moral de Kant como la fuente (involuntaria) de la doctrina de la autodeterminación nacional. Lo que hicieron los poskantianos, sobre todo Fichte, sostiene, consistió en añadir «nacional» a «autodeterminación». El resto, por así decirlo, es historia. Que yo sepa, nadie había sugerido con anterioridad que Kant fuera responsable, ni siquiera indirectamente, de la doctrina nacionalista. En la filosofía kantiana de la autodeterminación moral –presentada en el libro como una «curiosa herejía» desde la perspectiva de la tradición judeocristiana– la buena (o libre) voluntad es autónoma o incondicionada. En manos de sus sucesores, la lucha por la perfección moral pasó a convertirse en la marca de una persona libre y auténtica<sup>31</sup>. Mediante una sencilla y evidente tergiversación, afirmaba Kedourie, los poskantianos llegaron a la conclusión de que el obrar con arreglo a las convicciones íntimas era la verdadera guía para la acción política. A su juicio, la doctrina de la autonomía era una condición necesaria de la doctrina nacionalista precisamente porque favorecía el rechazo de las tradiciones establecidas y estimulaba la búsqueda de la autenticidad.

La acusación de Kedourie contra Kant fue recibida con una mezcla de asombro e incredulidad: ¿cómo podía considerarse al defensor del republicanismo cosmopolita –aunque también de múltiples repúblicas dentro de una paz perpetua– el antepasado del nacionalismo? Fue ésta la respuesta del *Kant's Political Philosophy* (1983), de Howard Williams, así como del *Nations and Nationalism* (1983), de Ernest Gellner, a los que respondería Kedourie en su «Posfacio». La conexión, insistía, se produjo «gracias a la idea de autodeterminación»; citaba de nuevo a Fichte como la figura intermedia fundamental. Por supuesto, Kedourie no llamó «nacionalista» a Kant, a quien en cuestiones políticas le consideraba una «amalgama de audacia y temerosidad»<sup>32</sup>. Sin embargo, la doctrina kantiana de

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 16.

<sup>31</sup> *Ibid.*, pp. 141-142, 21-31.

<sup>32</sup> *Ibid.*, pp. 142-143; p. 27.

la autodeterminación hizo de Dios una criatura del hombre y no a la inversa. Estableció la opinión de que el fin del hombre consistía en determinarse a sí mismo, en ser autónomo; y que la religión, recién revalorizada, era la búsqueda perpetua de la perfección. La lucha para ser justo, para ser virtuoso, para ser libre –notablemente de la tradición– y para conseguir la perfección eran, argumentaba Kedourie, los corolarios políticos de la enseñanza kantiana.

Hay cuatro objeciones muy obvias al tratamiento que Kedourie reserva a Kant y a los poskantianos que, por alguna razón, todavía no han sido expresadas. La más sencilla y poderosa es la cuestión: ¿implica el argumento de Kedourie la fórmula: «sin Kant, no hay nacionalismo»? A primera vista, la respuesta es sí –se trata prácticamente de una constatación de hecho–. En segundo lugar, Kedourie admite que los poskantianos tergiversaron el pensamiento de Kant en un esfuerzo para remediar sus defectos aparentes, pero vacila a la hora de determinar si de tal suerte siguieron o no la senda del maestro de forma legítima; sostener oportunamente ambas cosas parece llevar la interpretación demasiado lejos. En tercer lugar, la conducta moral kantiana exige la «universalizabilidad», esto es, un mandamiento moral que plantea severas restricciones al egoísmo de toda persona o grupo, ya sea auténtico o no: «haz a los demás lo que querrías que te hicieran a ti» no es una licencia para el particularismo. Por último, Kedourie no cita a un solo poskantiano que realmente dé el salto de la autodeterminación *individual*, como bien moral, a la autodeterminación *nacional*, con tales palabras, aunque de hecho cita a distintos panteístas románticos que abrazan el universo y la naturaleza como fuente de todas las cosas que tienen valor. Sin duda, la razón estriba en que no encontramos ni el concepto de autodeterminación nacional ni «das Selbstbestimmungsrecht der Nationen» [«el derecho de autodeterminación de las naciones»] en los escritos de Fichte, por no hablar de Herder<sup>33</sup>.

La tesis de Kedourie encontró el respaldo de Isaiah Berlin en una conferencia pronunciada en Nueva Delhi en 1972 con el título «Kant como fuente desconocida del nacionalismo». Sin embargo, a pesar de que, como hemos visto, Berlin leyó y reseñó *Nacionalismo*, curiosamente no llegó a aportar en su texto ninguna fuente que acreditara a Kedourie como pionero de su argumentación. La versión de Berlin, sin embargo,

---

<sup>33</sup> Después de intentar encontrar sin éxito durante siete años las expresiones y sus afines más cercanos en traducciones de Herder y Fichte, he preguntado a germanohablantes por el primer uso que se conoce de los términos. Suelen decir que se encuentran en Herder o Fichte, pero no pueden proporcionar citas precisas. Ernest Gellner, que dominaba el alemán, no pudo resolver la cuestión. Walker Connor no encuentra ningún uso de la expresión «autodeterminación nacional» en un documento público hasta llegar a uno en el que Karl Marx redacta un bosquejo de una declaración de la Primera Internacional acerca de la cuestión polaca en 1865: *The National Question in Marxist-Leninist Theory and Strategy*, Princeton, 1984, p. 11, en el que cita a E. H. Carr. Perry Anderson sugiere que Marx pudo haber recogido la expresión de los debates en la asamblea de Frankfurt de 1848.

tenía el mérito de ser algo más transparente que su fuente. Nos dice que «entre la posición romántica y el racionalismo impecablemente ilustrado de Kant no distan más que dos pasos»: el primero consiste en adoptar valores porque son mis valores y no porque son valores producidos o descubiertos por la razón, mientras que el segundo consiste en trocar de individuo en grupo y en nación el sí mismo que elige. Tras lo cual retuerce la fórmula según la cual «la idolatría de la nación o del Estado deriva, no obstante de forma ilegítima, de la doctrina [kantiana] de la voluntad autónoma». Sin embargo, aunque concediéramos, en favor de la argumentación, que fueran éstos los dos pasos, está claro que aquellos que llegaron a tales posiciones –llamémosles Fichte y los sospechosos habituales– lo hicieron rechazando a Kant, no mediante la filiación conceptual (Kedourie) o la derivación ilegítima (Berlin)<sup>34</sup>.

Una última palabra sobre los orígenes de la idea de «autodeterminación» y afines. El *Oxford English Dictionary* ofrece el primer significado no político del término como «determinación de la propia opinión o voluntad por sí misma hacia un objeto». Los primeros ejemplos de uso se remontan a la década de 1680, en los escritos de teólogos hoy oscuros. Sin embargo, su utilización temprana más digna de mención la encontramos en un largo pasaje de John Locke, quien en su *Essay Concerning Human Understanding* [*Ensayo acerca del entendimiento humano*] resta importancia a la capacidad formal silogística para la razón en los seres humanos. Locke sostiene, de un modo que prefigura notablemente a Kant, que Dios ha dado a los hombres mentes que «pueden razonar sin ser instruidas en los métodos silogísticos; el entendimiento [...] tiene una facultad innata para percibir la coherencia o incoherencia de sus ideas». Utiliza como ejemplo proposiciones tales como «los hombres serán castigados en otro mundo» y «los hombres pueden determinarse a sí mismos», afirmando que el enlace –entre las ideas de «autodeterminación» y castigo divino– es percibido inmediatamente por el entendimiento sin que tenga que pasar por las reiteraciones de la lógica aristotélica<sup>35</sup>.

Podemos esbozar una sonrisa ante la confianza de Locke en la cristianidad natural de la mente; presenta mayor importancia, sin embargo, el hecho de que podemos legítimamente usar a Locke para burlarnos de Kedourie. El padre intelectual del constitucionalismo y el liberalismo ingleses (y el abuelo de los estadounidenses), el filósofo empirista *par excellence*, el autor de los *Two Treatises on Government* –la defensa anónima de la Revolución Gloriosa–, resulta ser el principal teórico político liberal y epistemólogo que argumentó en torno a la voluntad libre sir-

<sup>34</sup> Véase Henry HARDY (ed.), *Isaiab Berlin, the Sense of Reality: Studies in Ideas and Their History*, Londres, 1996, pp. 232-248. Berlin afirma en su reseña de *Nacionalismo*, publicada en la *Oxford Magazine*, que Fichte dio ambos pasos, pero no proporciona ninguna cita.

<sup>35</sup> JOHN LOCKE, *An Essay Concerning Human Understanding* [1689-1690], Londres, 1964, Libro IV, XVII, § 4, pp. 418-419.

viéndose de la noción de autodeterminación. Si hubiéramos de seguir el desdeñoso procedimiento que Kedourie utiliza en *Nacionalismo*, esto bastaría para demostrar que Locke es el progenitor del nacionalismo romántico.

## 5

El resto de las consideraciones de Kedourie puede resumirse más sucintamente, ya que es menos original, lo que no significa que deba aceptarse sin mayores salvedades. Cree que Fichte —correctamente presentado como una extraña mezcla entre un panteísta y un protosocialista— ofrece el momento sintético clave del desarrollo del nacionalismo cultural. Herder celebró la «excelencia de la diversidad» en el plan de Dios. Afirmó la autenticidad, el populismo, el *Volk*. En su filosofía, cada cultura juega su papel característico en el despliegue de la historia humana, mientras que las culturas populares son consideradas valiosas y características en contraposición con el desprecio de (algunos) de los filósofos de la Ilustración. Por encima de todo, celebró el pluralismo lingüístico y la autenticidad. Sin embargo, aunque crítico de los cosmopolitas, Herder no articuló una doctrina nacionalista inequívoca, una de cuyas principales razones estriba en que era explícitamente antiestatista y en que conservó una ética marcadamente cosmopolita e igualitaria, que cabría considerar más universal que la de Kant<sup>36</sup>. En los *Discursos a la nación alemana* de Fichte, según la lectura de Kedourie, se dio el paso decisivo de la doctrina nacionalista. Para los verdaderos alemanes, las lenguas extranjeras deben ser consideradas como no auténticas. Se recomiendan las lenguas originales en contraposición a las híbridas, al igual que la purificación lingüística. Para Fichte, las personas que hablan lenguas originales son naciones, mientras que las naciones, a su vez, deben hablar una lengua original. Asimismo, se adjudica a los alemanes el desempeño de misiones especiales en la época venidera.

La autodeterminación nacional, declaraba Kedourie, «es, en última instancia, una determinación de la voluntad»; mientras que el nacionalismo es, ante todo, «un método de enseñanza de la correcta determinación de la voluntad». En efecto, éste es el tema fundamental de los *Discursos*: la voluntad actúa rectamente porque ha sido educada correctamente<sup>37</sup>. De este modo, la historia se completa: desde Herder, pasando por Kant hasta Fichte llegamos a la doctrina del nacionalismo y de la autodeterminación

---

<sup>36</sup> «El corazón inundado del cosmopolita ocioso no permite albergar a nadie», citado en E. Kedourie, *Nacionalismo*, cit., p. 57. Como ha observado Perry ANDERSON, Herder atacó a Kant por su defensa de la inferioridad racial de los negros y de los no europeos: «The Pluralism of Isaiah Berlin», en *A Zone of Engagement*, Londres, 1992, p. 246 [ed. cast.: *Campos de batalla*, Barcelona, Anagrama, 1998].

<sup>37</sup> E. Kedourie, *Nationalism*, cit., p. 81.



nacional. Sin embargo, Kedourie va demasiado rápido a la hora de afirmar la existencia de una doctrina coherente de la autodeterminación nacional en Fichte, dado que en los *Discursos* no encontramos ni la expresión ni una teoría articulada de ella. Asimismo, pasa por alto el compromiso igualitario de Fichte con la educación universal, mientras que trata con escasa generosidad todas las exhortaciones pedagógicas de Fichte (cuyo carácter sumamente tedioso hemos de reconocer) como socialización totalitaria, cuando de hecho algunas son defensas de la educación *per se*. No llega a comentar los mensajes políticos excesivamente vagos de los *Discursos* mientras que, para terminar, exagera escandalosamente su impacto. Ha sido «durante mucho tiempo una leyenda del nacionalismo alemán» que los *Discursos*

desempeñaron un importante papel a la hora de inspirar la reforma prusiana y la liberación [...]. Sin embargo, las pruebas hablan en contra de esta interpretación. Los diarios, las memorias y los periódicos contemporáneos hacen escasa mención de la celebración o la publicación de las conferencias. Probablemente, contaron con un reducido y no demasiado influyente círculo de enterados<sup>38</sup>.

El nacionalismo lingüístico, «inventado [...] por literatos que nunca ejercieron el poder», habría de causar estragos, politizando el lenguaje, convirtiéndolo en una cuestión por la que los hombres matarían y exterminarían, creando previsible problemas fronterizos, haciendo «sumamente difícil el funcionamiento ordenado de una sociedad de Estados». De Fichte en adelante, las consecuencias degenerativas provocadas por la diseminación de la doctrina se sucedieron inevitablemente: desde el nacionalismo lingüístico al racial, según Kedourie, siguiendo un cómodo deslizamiento: «los nazis no hicieron más que simplificar y degradar las ideas implícitas en los escritos de Herder y otros autores». En la doctrina nacionalista, afirmaba, no había

una distinción clara y definida entre el nacionalismo lingüístico y el racial [...] [porque] la lengua de una nación era peculiar de esa nación sólo porque tal nación constituía una ascendencia racial<sup>39</sup>.

El intento de Kedourie de llevarnos a toda velocidad de Herder a Hitler tan bruscamente presenta graves dificultades:

- Herder y Fichte insistieron expresamente en el lenguaje como el indicador de la nación alemana porque eran muy conscientes de la asimilación presente en la historia alemana y porque querían evitar las divisiones religiosas y raciales entre los alemanes;

<sup>38</sup> G. A. Kelly, «Introducción», cit., *Addresses*, p. XXVII. Kelly cita *The Failure of the Prussian Reform Movement*, de Walter SIMONS, Ithaca, 1955, acerca de «la escasa influencia de Fichte en los acontecimientos concretos», p. XXXV.

<sup>39</sup> E. Kedourie, *Nationalism*, cit., pp. 70-72.

- tanto Herder como Fichte hicieron hincapié en las posibles misiones de liderazgo de los alemanes –contribuyendo a la cultura mundial–, pero ninguno de los dos afirmó que los alemanes fueran o debieran ser una raza superior dominante;
- según esta historia, el darwinismo social estaba latente en el romanticismo alemán; resulta más adecuado considerarlo una perversión del racionalismo materialista del siglo XIX, que repercutió en las poblaciones de clase alta y media durante la marea ascendente del imperialismo europeo en África y Asia y de los nuevos flujos migratorios hacia Norteamérica;
- no reconoce lo suficiente la gama de pensadores y políticos que abrazaron tanto el liberalismo como el nacionalismo en los siglos XIX y XX, sin que por ello rindieran homenaje al romanticismo/nacionalismo alemán: Daniel O’Connell, Joseph Mazzini, J. S. Mill y Woodrow Wilson<sup>40</sup>.

La raíz de estas dificultades reside en el esencialismo de Kedourie. Quiso homogeneizar el nacionalismo, definiéndolo de tal suerte que el nazismo se siguiera del mismo. Sostenía que era de una ingenuidad fuera de lugar «intentar clasificar los nacionalismos con arreglo al aspecto particular que eligen destacar»<sup>41</sup>. En la terminología de nuestros coetáneos podríamos plantear su tesis del siguiente modo: la esencia del nacionalismo es su esencialismo, no los marcadores particulares elegidos para identificar la esencia en cualquier caso. Esto es perspicaz, pero no resuelve todos los problemas normativos y empíricos, y corre el riesgo de conseguir por la autoridad de las definiciones lo que es mucho más difícil de conseguir en el registro histórico. Si definimos la esencia del nacionalismo, por el contrario, como la creencia en que las naciones deben ser libres y ser autogobernadas por sus compatriotas –glosando así positivamente la propia definición de apertura de Kedourie–, cuesta ver por qué las jerarquías raciales y los exterminios genocidas de los nazis han de derivarse con tanta facilidad del núcleo de la doctrina. La libertad frente al imperio, la libertad para todas las naciones conforme a los principios liberales de Kant, no asegura que la libertad haya de formar imperios de dominio o exterminio.

---

<sup>40</sup> Kedourie sostuvo más tarde que Mill y Wilson utilizaron una «teoría *whig* de la nacionalidad», que hay que distinguir del nacionalismo en sentido estricto, habida cuenta de que «asume no tanto que la humanidad debe dividirse en Estados nacionales y soberanos, como que las personas que son parecidas en muchas cosas tienen mayores posibilidades de éxito en el gobierno representativo»: *Nationalism*, cit., p. 132. Esto parece forzado. Cabe distinguir dos argumentos: *a*) los Estados son más estables si son homogéneos desde el punto de vista nacional, y *b*) todos los Estados se fundamentan mejor en la homogeneización nacionalista; sin embargo, Mill sostuvo ambos.

<sup>41</sup> *Ibid.*, p. 73; véase también p. 71.

Tras haber presentado este panorama de la génesis de la doctrina nacionalista, Kedourie concluía lamentando sus repercusiones en el mundo y en nuestra época. Se hubiera debido, supone, dejar que se marchitara junto con otras doctrinas de académicos, teólogos y publicistas desequilibrados. El nacionalismo era débil de nacimiento, sólo fue adoptado por desafectos inquietos y desarraigados; donde los nacionalistas «no dieron con ninguna potencia que adoptara efectivamente su causa, sus conspiraciones e insurrecciones no tardaron en malograrse»<sup>42</sup>. De no haber sido, se supone, por la manipulación irresponsable de las grandes potencias –Napoleón III y Cavour; Bismark; los zares en los Balcanes; los patrocinadores británicos del arabismo en Oriente Próximo– el nacionalismo podría no haberse convertido nunca en un rasgo tan dominante de nuestro mundo; un mundo en el que Wilson y Lenin encontraron como lo más natural del mundo rendir pleitesía a la autodeterminación nacional. Kedourie lamenta sus funestas consecuencias: el derrumbe de los órdenes y tradiciones establecidos; el desastroso impacto que tuvo la doctrina nacionalista en las regiones con poblaciones culturalmente mixtas; los enigmas que plantearon y las violencias que engendraron las nociones de límites nacionales, fronteras y confines, entre las que no es ni mucho menos la menor de todas la Primera Guerra Mundial; así como las dificultades inherentes a la asignación de las poblaciones a naciones, ya sea mediante la «investigación» o los plebiscitos. El libro termina respaldando la defensa de los imperios multinacionales británico y austriaco por parte de lord Acton, así como de los imperios contra el principio de nacionalidad, antes de rubricar el texto con la defensa del buen gobierno antes que el autogobierno, que ya hemos discutido<sup>43</sup>.

Una valoración final de *Nacionalismo* debe reconocer que, junto con el relato de la génesis de la doctrina y de su herencia maligna para la humanidad que lleva a cabo Kedourie, se presenta una sociología no excesivamente oculta. Éste citaba a la figura central de Fichte como el campeón de la abolición de «todos los favoritismos» y un defensor de la salida profesional para los talentos. Describía la Alemania del finales del siglo XVIII y principios del XIX, una región de pequeños principados, como el lugar de una *intelligentsia* excedentaria, donde los hijos educados y dotados de talento de los pastores, artesanos o pequeños agricultores no podían encontrar otro empleo de sus facultades que no fuera el de estudiantes de teología o de preceptores. Estos intelectuales sin trabajo y muy bien formados hubieron de enfrentarse a una nobleza tradicional e inculta.

<sup>42</sup> *Ibid.*, p. 99. Se trata de la descripción de los levantamientos húngaros y polacos contra los austriacos, así como de las insurrecciones armenias contra los otomanos.

<sup>43</sup> El ensayo de Acton de 1862, una réplica a J. S. Mill, ha sido reeditado como «Nationality» en J. R. Fears (ed.), *Essays in the History of Liberty: Selected Writings of Lord Acton*, Indianapolis, 1985, pp. 409-433.

Según Kedourie, estos románticos pre y poskantianos encontraron en las fantasías culturales nacionalistas una suerte de resolución intelectual de su forzosa agitación, esto es, de su exclusión de un empleo responsable, gratificante y sobrio como funcionarios públicos.

Esto explicaba en parte sus intentos de santificar, estetizar y moralizar la política, el poder y los Estados, todos ellos estilos discursivos que habían pasado a formar parte, por desgracia, de la «retórica política habitual»<sup>44</sup>. También explicaba en parte la proliferación de movimientos de la juventud, tales como la Joven Italia o la Joven Irlanda, encaminados a desplazar a sus mayores. La sociología no declarada de Kedourie es una combinación de la manida sabiduría conservadora tradicional –cuando el diablo no tiene nada que hacer se dedica a matar moscas con el rabo– con una apreciación genuina según la cual el bloqueo de la movilidad social de las personas dotadas de talento pudo provocar un grave malestar en el mundo posterior a la Ilustración. Tiene mucho en común con la vulgar instrumentalización de aquellos –ya sean marxistas o teóricos de la elección racional– que ven, detrás de la celebración de las culturales nacionales y folclóricas, los intereses de clase y las aspiraciones de una pequeña burguesía que no puede encontrar un empleo seguro y que merezca la pena<sup>45</sup>.

## 7

No se conoce en general que Kedourie llegó en efecto a escribir un segundo libro sobre el nacionalismo. De hecho, la introducción a su recopilación editada *Nationalism in Asia and Africa* supera considerablemente en extensión las 140 páginas de la primera edición de *Nacionalismo*. Se suele asumir que la introducción complementa el libro de 1960 y demuestra la aplicación de sus argumentos fuera de Europa. En algunos aspectos lo hace; sin embargo, hay también desviaciones considerables, que socavan, en términos no reconocidos por Kedourie, las afirmaciones centrales de *Nacionalismo*.

Por supuesto, que la difusión de las ideas europeas es la fuente del nacionalismo asiático y africano y que la doctrina fue una «importación» de Oriente son presupuestos completamente coherentes con las tesis de *Nacionalismo*<sup>46</sup>. Al igual que lo son las consideraciones que hace Kedourie sobre el papel

<sup>44</sup> *Nationalism*, pp. 42, 48.

<sup>45</sup> El ejemplo de lo primero es Eric HOBBSAWM, *Nations and Nationalism since 1870*, Cambridge, 1985; en el caso del segundo, Albert BRETÓN, «The Economics of Nationalism», *Journal of Political Economy* 72, pp. 376-86.

<sup>46</sup> La tesis de que el nacionalismo anticolonial deriva en todos los casos del pensamiento europeo ha sido sometida a algunas críticas vehementes, cf. Partha CHATTERJEE, *Nationalist Thought and the Colonial World: A Derivative Discourse?*, Londres, 1986.

de los hombres marginales en el comienzo de los movimientos nacionalistas. Educados con arreglo a los patrones modernos por los poderes coloniales, experimentaron la discriminación, y no sólo en el empleo, tanto en la metrópoli imperial como en su país de origen. Esto les hizo especialmente receptivos a la doctrina nacionalista, en la que pudieron racionalizar sus odios a los imperialistas europeos y a sus viejas tradiciones. En efecto, en su tratamiento de los intelectuales marginales y de la *intelligentsia*, el tono de Kedourie es más simpático que el que utilizara con anterioridad hacia sus antecesores alemanes, tal vez porque le resultó más fácil identificarse con la suerte del intelectual asiático, africano y árabe en el mundo colonial.

Antes del imperialismo europeo, África y Asia estaban, en su opinión, uniformemente gobernadas por grandes imperios o reinos tribales, profundamente libres de ideas nacionalistas o protonacionalistas y asombrosamente diferentes en su tratamiento político de la heterogeneidad cultural. Sin embargo, hubo un nuevo giro en la posición de Kedourie: Europa y no Europa divergían radicalmente porque con frecuencia la primera hubo de sufrir los intentos de forzar la homogeneidad religiosa y cultural por parte de sus gobernantes. La actitud de Europa consistió en «exigir y forzar la uniformidad de las creencias entre los miembros del cuerpo político», una tendencia que comenzó con el emperador romano Teodosio, un cristiano en cuyo reinado se fundó el oficio del inquisidor de la fe. El emperador bizantino Justiniano; las Cruzadas y las masacres de judíos en Europa que les acompañaron; la expulsión de los judíos de España; las guerras de religión europeas del siglo xvi; la revocación del Edicto de Nantes por parte de Luis XIV: todos estos acontecimientos son citados como prueba histórica de esta tendencia recurrente. Kedourie planteó la tesis de que la proclividad europea a la imposición de la homogeneidad cultural forma parte de lo que la doctrina nacionalista «da por sentado y asimila» implícitamente<sup>47</sup>.

El argumento, por supuesto, implica que el nacionalismo cuenta con raíces muy antiguas en la política y la teología cristianas, pero Kedourie no se para a pensar que esto podría conducir a contradicciones manifiestas en su pensamiento: que la modernidad que él ha reclamado para el nacionalismo —una política de la homogeneización cultural— ha comenzado, en sus propias manos, a asemejarse mucho más a una recurrencia que a una novedad. El islam, en contraposición con el cristianismo —y el judaísmo—, es digno de elogio porque, «a pesar de sus comienzos bélicos, nunca exigió la uniformidad religiosa y, desde el principio, hizo hueco en

<sup>47</sup> E. KEDOURIE, «Introduction» a *Nationalism in Asia and Africa*, Londres, 1971, pp. 29, 31-32.

<sup>48</sup> *Ibid.*, p. 33. Ésta podría parecer una descripción ecuaníme, por más que generosa, de las formas de gobierno islámicas maduras, sobre todo la Puerta, sin embargo, difícilmente sirve para describir las conquistas del primer islam o los esfuerzos de los partidarios del islam para borrar la arquitectura icónica del cristianismo bizantino, del Egipto faraónico o de la Persia zoroástrica.

su forma de gobierno a aquellos que profesaban una creencia diferente»<sup>48</sup>. Tal y como Kedourie imagina las cosas, el mundo de los imperios se ha tornado ahora susceptible de diferenciación: el Imperio otomano y su sistema de *millak*<sup>49</sup>, y la primera versión, pagana y politeísta, del Imperio romano, fueron, en comparación con muchos imperios cristianos, más tolerantes del pluralismo religioso; mientras que se declara rotundamente a los gobernantes de las otras religiones mundiales, el hinduismo y el budismo, libres de toda animosidad homogeneizadora, antes de la llegada de la influencia europea.

La «Introducción» socava en un segundo sentido las tesis de *Nacionalismo*, a saber, en el nuevo y extenso tratamiento de la doctrina como una especie de milenarismo. De esta suerte, se considera tanto al nacionalismo como al comunismo como descendientes directos de las herejías medievales que aspiraron a instaurar el cielo sobre la tierra. La idea de progreso, de la que leemos que dependen ambos, es considerada una versión secularizada y respetable del milenio<sup>50</sup>. Sirviéndose de un comentario aislado de Lessing, Kedourie intenta religar el romanticismo al milenarismo de Joaquín de Fiore, a finales del siglo XII, de Gerardo de Borgo San Donnino en el siglo XIII, y al levantamiento anabaptista en Münster encabezado por los dos Jan, de Mathys y Leiden. Apunta a una conexión universal entre movimientos nacionalistas y milenarismo: la descripción de la rebelión de Taipíng la presenta hundiéndose sus raíces en la adaptación sincrética del fundamentalismo cristiano, tras lo cual al lector no le queda sino ver en ella el presagio de los horrores del nacionalismo y el comunismo que habrían de llegar. Kedourie concluía:

Este meliorismo enloquecido, que en su forma religiosa había sido eliminado y desacreditado desde hacía mucho tiempo, en su forma secular se convirtió en la hebra dominante de la tradición política, en primer lugar en Europa y luego en todo el mundo. El nacionalismo, tal y como aparece y se extiende en Europa, es una de las numerosas formas que cobra esta visión de una sociedad purificada en la que todas las cosas son reinventadas<sup>51</sup>.

En la historia intelectualmente sería del análisis del nacionalismo encontraremos pocos argumentos tan absurdos como este pasaje. Socava bochornosamente el relato previo de Kedourie acerca de la génesis del

<sup>49</sup> En el Imperio otomano designa a un grupo o comunidad no musulmán organizada bajo un responsable religioso propio que también ejerce funciones civiles de importancia [N. del T.].

<sup>50</sup> La «Introducción» de Kedourie cita dos fuentes en la historia del pensamiento milenarista: Ernest LEE TUVESON, *Millennium and Utopia: A Study in the Background of the Idea of Progress*, Berkeley, 1949, y Norman COHN, *The Pursuit of the Millennium*, Londres, 1957; y dos estudios que vinculan el mesianismo y el nacionalismo en África: G. BALANDIER, «Messianismes et nationalismes en Afrique noire», *Cahiers Internationaux de Sociologie* XIV (1953), y Efraim ANDERSSON, *Messianic Popular Movements in the Lower Congo*, Uppsala, 1958.

<sup>51</sup> E. Kedourie, «Introduction» a *Nationalism in Asia and Africa*, cit., pp. 104-105.

nacionalismo: a sus antecesores espirituales, tales como Kant, hemos de añadir ahora a los Hermanos del Libre Espíritu, a la par que la doctrina nacionalista pasa repentinamente a convertirse en medieval y no en una doctrina de arraigo más reciente. No hay un esfuerzo ulterior, más allá de la discusión gestual del caso de Taiping y el extracto de Lessing, para determinar verdaderos vínculos históricos entre el pensamiento milenarista medieval y la filosofía y la práctica nacionalistas. ¿Cuántos movimientos nacionalistas fueron precedidos inmediatamente por movimientos milenaristas que les prefiguraron y dieron forma? Todos los nacionalistas son presentados aquí por Kedourie como revolucionarios utópicos que quieren destruir el pasado, purificar completamente el presente y suprimir todas las separaciones entre la vida pública y la privada. Esto es un disparate indiscriminado, literalmente «impertinente» hacia buena parte de la humanidad. Los nacionalistas, por regla general, han sido mundanos, decididos a la revitalización o la renovación antes que a la erradicación de sus propias tradiciones culturales; han celebrado y anhelado el fortalecimiento de sus propias sociedades civiles, han pugnado en favor de un Estado propio y no de la abolición de la distinción entre lo público y lo privado; han llamado a la instauración de regímenes legítimos y respetuosos de la ley y no de paraísos antinómicos y han incluido a numerosos liberales, socialdemócratas y socialistas cuyas políticas no han contenido absolutamente ningún utopismo, a no ser que estos últimos hayan de quedar subsumidos en la descomedida rúbrica milenarista de Kedourie.

El último elemento digno de mención en la «Introducción» es la atención que Kedourie concede al modo en que los nacionalistas africanos y asiáticos tratan a sus propias religiones, a sus propios «dioses oscuros». Sostiene, bastante convincentemente en algunos de los casos que cita, que, para movilizar con éxito, los nacionalistas anticoloniales se vieron obligados a actuar conforme a y no a contrapelo de la textura de sus culturas locales; en particular, a menudo politizaron la religión de aquellos de su misma etnia. No cabe criticar estas razonables afirmaciones, pero estas afirmaciones están bastantes reñidas con algunos de los temas de *Nacionalismo*. Sugieren que el atractivo del nacionalismo ha tenido tanto para los intelectuales como para sus públicos bien podría hundir sus raíces en tradiciones pasadas por más que éstas sean pasados que son reelaborados selectivamente.

Este argumento encaja a duras penas con la tesis que dice que el nacionalismo es completamente moderno, inventado y radicado en la conjunción intelectual del poskantismo y el milenarismo judeocristiano secularizado. Si los nacionalistas pueden construir con éxito movimientos con bases religiosas extraordinariamente diversas, entonces ni la génesis ni la difusión del nacionalismo tienen por qué depender de la exposición a los bacilos traídos por la tormenta de la filosofía occidental o del milenarismo judeocristiano. Sin embargo, el argumento encaja con facilidad con el temperamento de un judío de Bagdad observador, quietista y culto, indignado ante el sionismo y el nacionalismo árabe. No es sólo ésta una obser-

vación *ad hominem*: Kedourie consideraba el nacionalismo una herejía que trastornó el universo de imperios consolidados y de religiones ortodoxas, ya fuera la judía, la cristiana o la musulmana. Sencillamente, la observación parece resultar de la aplicación de su método a él mismo, viendo en sus consideraciones acerca del nacionalismo la proyección de las conmociones que sufrieron su pueblo, su imperio y su religión, a pesar de que decodifique a los nacionalistas modernos como aquellos que usaron y abusaron de unas ideas como respuestas a sus propios aprietos.

Si los argumentos concretos de *Nacionalismo* no resisten un examen cuidadoso, ¿perdura alguno de los méritos de la obra? Uno es su impacto, que dio lugar a que Ernest Gellner y muchos otros desarrollaran análisis modernos acerca de la génesis y el poder del nacionalismo, despojados del peso del nefasto idealismo de la historia de las ideas de Kedourie. El segundo son sus retos políticos y normativos, así como las agendas de investigación que supone para los historiadores. ¿Fue de verdad el mundo de los imperios europeos mejor que el de las naciones que, lenta y desigualmente, todavía no ha concluido aún su plena implantación? De no ser así, ¿por qué? De ser así, ¿para quién y por qué? ¿Era evitable la disolución de aquellos imperios, como Kedourie invitó a pensar desde el momento en que redactó la tesis que no quiso defender hasta su muerte? En la medida en que el nacionalismo como tal –y no sus deformaciones– tenga que ver con los horrores de los últimos dos siglos, ¿se podría haber evitado? ¿Puede dirigirse y expresarse el nacionalismo –algo que Kedourie creía imposible– en formas que procuren estabilidad y orden mundial y sean compatibles con el constitucionalismo y la democracia? ¿Tenía razón cuando invitaba a pensar que la autonomía cultural sólo funciona cuando «no descansa ni encuentra justificación en la doctrina nacionalista»? Las estructuras constitucionales recientemente reformadas del Reino Unido, España y Bélgica pondrán a prueba su argumento, según el cual los regímenes multiétnicos y multinacionales que protegen la autonomía cultural fracasarán en su tarea si su fundación se apoya en el nacionalismo. Hay que reconocer a un hombre que parecía detestar buena parte de la modernidad y sus consecuencias haber llegado a plantear, dentro de la producción intelectual anglófona, la modernidad del nacionalismo, tesis en torno a la que gira su antropología, su sociología y su historia. No proporcionó, sin embargo, un análisis convincente de su génesis ni ofreció respuestas para su orientación.